

## ¡Atrapadme, sirenas!

Ana Weyland\*

Puso en marcha el PC y abrió la persiana. Toda la luz de la mañana de junio atravesó los vidrios y le dio una suave bofetada, que Luis recibió con una sonrisa. Pensó: «Qué día espléndido para dar una caminata por la playa...». Pero el editor había sido tajante: necesitaba la traducción acabada y revisada antes de las cuatro, y a Luis todavía le quedaban algunas páginas, que podría finalizar a mediodía si no se presentaba ningún contratiempo, es decir, ninguna duda gordá que resolver.

A las nueve y media estaba en plena concentración y avanzaba a buen ritmo; el reproductor emitía en tono bajo las partitas de Bach en su versión favorita (Glenn Gould, naturalmente), acompañadas por el canto jubiloso y cotidiano de los pájaros de fuera, y exactamente cinco minutos más tarde sonó el teléfono.

—Diga.

—Luis.

Luis dio un respingo. Era la voz seca y poco amistosa del editor, y el estómago le dijo que seguramente había problemas.

—Dime.

—¿Tienes a mano el texto que me enviaste la semana pasada? ¿El de ortopedia?

—Momento, que lo pongo en pantalla.

—Cuando lo tengas ve a la página 38, apartado 5.2.1.

Unos segundos de pausa.

—Aquí está: «El síndrome del túnel carpiano».

—Eso es. Busca también el original inglés.

Por un momento Luis se sintió desconcertado. No sabía dónde lo había puesto. Luego recordó que la semana anterior había abierto un archivador nuevo, especial para ortopedia, y lo había guardado en él.

—Un instante, que lo traigo.

Otros segundos.

—Ya lo tengo. ¿Hay algún problema?

—El revisor médico dice que has traducido mal una palabra y que cambia todo el sentido del párrafo.

—¿Traducido mal? ¿Qué palabra?

—*Entrapment* —y luego, con más lentitud—: E-ene-terre-a-pe-eme-e-ene-te.

—Sí, *entrapment*, aquí tengo la línea. ¿Y dice que la he traducido mal?

—Sí, has puesto «compresión».

Por un instante Luis se quedó en blanco, como un niño al que pillan en una falta tan grave que no sabe cómo reaccionar.

—¿Estás ahí?

—Aquí estoy. Estaba leyendo toda la frase y no veo dónde está el problema.

—El revisor dice que no es «compresión» sino «atrapamiento».

—¿Y qué significa «atrapamiento»? —preguntó Luis.

—Significa... pues eso, que un nervio queda atrapado.

—Claro. Es decir, queda comprimido. Atrapamiento es un anglicismo; la palabra correcta es compresión.

—Oye, Luis, esas discusiones deberías tenerlas con el revisor, no conmigo. Si quieres te doy su número de teléfono, le llamas y le pones a parir si te da la gana. Yo te transmito lo que él me ha dicho, eso es todo.

Luis colgó, sintiendo, como siempre que se producía un incidente como aquel, que debía haber seguido el consejo de su padre y ponerse a estudiar leyes, y no idiomas.

A pesar de estar seguro, volvió a leer el original y a continuación su traducción:

*Ulnar nerve entrapment can give symptoms of "falling asleep" in the ring finger and little finger, especially when the elbow is bent. There may be an aching pain on the inside of the elbow. In some cases, it may be harder moving the fingers in and out or manipulating objects.*

*Carpal tunnel syndrome has similar symptoms, but involves a different nerve (the median nerve). Carpal tunnel syndrome typically causes tingling in the thumb, index finger, and long finger.*

«La compresión del nervio cubital puede producir la sensación de que los dedos anular y meñique "se adormecen", en especial cuando el codo está flexionado. Es posible que se experimente dolor sordo en el interior del codo. A veces puede presentarse dificultad para mover los dedos hacia adentro y hacia afuera o para manipular objetos.

»El síndrome del túnel carpiano causa síntomas parecidos, pero afecta a otro nervio (el nervio mediano). Lo habitual es que este síndrome provoque cosquilleos en el pulgar y en los dedos índice y mayor.»

Luis contempló el texto traducido con la ternura con que miraba a sus hijos cuando eran muy pequeños y se asomaba a su habitación a verlos dormir.

—Está perfecto —masculló y marcó el número del revisor médico.

Nadie cogió el teléfono, y Luis decidió dejar el asunto para luego y volver al trabajo que debía entregar esa tarde. Cuando hizo otra pausa para tomarse un café, ya eran las doce menos veinte. El teléfono volvió a sonar.

—Diga.

—¿Quién eres? En mi teléfono sale tu número, o sea, que me has llamado.

—He llamado al revisor médico de la editorial.

—Soy yo, Juan Rivera. ¿Tu nombre?

—Luis Almendral. Es por una queja tuya que me ha pasado el editor y que me parece infundada.

Pacientemente, Luis le explicó de qué obra se trataba y, una vez localizada la obra, el término motivo de la discusión.

\* Traductora de biomedicina. Barcelona (España). Dirección para correspondencia: [weyland@telefonica.net](mailto:weyland@telefonica.net).



—¿Y por qué te parece infundada mi queja? Es muy sencillo: *entrapment*, igual atrapamiento.

Luis ya estaba harto de dar el mismo argumento: anglicismo, calco, existencia en español de una palabra totalmente castiza para traducir el término, bla, bla, bla...

—¿Tú cómo corriges? —preguntó, en cambio.

—Como todo el mundo... supongo. Cambio lo que está mal por lo que está bien.

—¿Y cómo te enteras de qué está mal?

Juan Rivera largó una carcajada.

—¿Pero en qué siglo vives? ¡Me lo dice mi programa de traducción, está claro!

—¿Tienes un programa de traducción automática?

—¡Por supuesto! Solo que por lo visto no es el mismo que tienes tú.

Pensó: «Que le den morcilla a la hora tope». Se puso un par de zapatos con piso de goma, se enfundó una chaqueta ligera (aún no era cuarenta de mayo) y, acompañado de *Pipo*, el perro, salió a caminar por la orilla del mar.

Qué bonito sería decir que una ola enorme engulló a Luis y lo llevó al fondo del mar, donde lo recibieron con alegría tritones y sirenas con los que nunca jamás tuvo que comunicarse en ningún idioma porque le adivinaban los pensamientos.

Pero el mar estaba en calma y el editor tuvo su traducción a las cinco menos diez.

